

Recomponer las relaciones con Marruecos

Me temo que a los mismos a los que les saca de quicio el nacionalismo catalán o vasco, incluso tal vez a algunos de los que denuncian el nacionalismo como la estupidez que más males ha causado en el siglo XX, les pueda irritar una disquisición sobre Ceuta y Melilla que no considere eterna la pertenencia a España. Son plazas de soberanía española y sería un crimen de lesa patria poner en duda la integridad territorial de la nación. No somos pocos, sin embargo, los que pensamos que el verdadero crimen lo cometen los fanatismos de todo tipo que bloquean la reflexión que ponga en tela de juicio dogmas sagrados.

Melilla está bajo dominación española desde 1497 y Ceuta,



IGNACIO SOTELO

Lo racional sería negociar una solución satisfactoria para todos al tema de Ceuta y Melilla

después de la independencia de Portugal, elige en 1640 permanecer española. Empero no vale apelar a la antigüedad de la presencia española para defender una indefinida, ni tampoco el hecho de que el Reino de Marruecos sea posterior suprime el derecho a reclamarlas. La historia ya se encarga de estudiar el papel que estas plazas desempeñaron en los siglos XVI y XVII en la lucha contra la piratería y la amenaza musulmana, o en las ambiciones colonialistas en la segunda mitad del XIX y los dos primeros decenios del XX. Dejemos el estudio del pasado a los historiadores y ocupémosnos de lo que ahora importa, el papel que Ceuta y Melilla —centros de comercio informal, a la vez que puntos de fricción— juegan en

las relaciones con Marruecos.

Nada dificulta tanto la solución de litigios internacionales o nacionales como sacar a relucir los llamados “derechos históricos”. No se puede ser crítico a que el nacionalismo periférico los invoque, y traerlos a colación ante Marruecos, para luego negarlos a los que sueñan con la reconquista musulmana de Andalucía. Recomponer a la larga las relaciones con Marruecos supone dejar a un lado la discusión histórica y jurídica de los derechos de España y de Marruecos sobre las dos ciudades, tomando en consideración únicamente los intereses de ambos países en el momento actual.

Desde una racionalidad que aspire a obtener resultados, al tratar de nuestras relaciones

con Marruecos, debería ser obvio empezar por dilucidar la relación existente entre los costos de mantener la soberanía en estas ciudades y los beneficios que se derivan para España, y no solo para unos cuantos cientos de comerciantes y funcionarios. Llama poderosamente la atención que al enfrentarnos a los ya frecuentes conflictos con Marruecos, permanezca en un trasfondo oscuro la reivindicación de estas dos ciudades, que en Marruecos ocupa un lugar preferente. No parece descabellado pensar que la causa del silencio español sea el viejo nacionalismo, que algunos se empeñan en atribuir en exclusiva a nuestros connacionales del norte, que es el que impide que nos

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Viaje al centro de sí mismo

Cuando se hayan desvanecido los restos de nuestra egolatría nacional, ese amasijo de presunciones tan arrogantes como amargas, se comprenderá mejor la excepcionalidad de un libro que ha sido escrito lejos del influjo de la España saturnal. Distanciado por carácter de las furiosas polémicas mediáticas, exento del tributo intelectual ofrecido a los clanes dominantes, libre de la pasión fratricida que tanto consuelo procura a combatientes y tertulianos, el escritor y filósofo Rafael Argullol ha elaborado una majestuosa evocación literaria con el único yo digno de tal nombre.

Es probable que las 1.200 páginas de *Visión desde el fondo del mar* sean leídas como la recapitulación autobiográfica de un autor especialmente dotado para recordar los momentos más significativos de su intensa y prolífica existencia. Pero en lugar de apuntalar la estampa social del ego imaginario —como intenta siempre ese memorialismo hecho de embarazosas omisiones— el libro de Argullol relata con gran riqueza de detalle un viaje emprendido hacia el más revelador centro de sí mismo.

En esta pródiga memoria, los lugares visitados, los hombres conocidos, las imágenes atisbadas, los pensamientos concebidos, las palabras en algún momento pronunciadas y los sueños recordados emergen con fuerza inusitada. Pero la mirada que los rescata del pasado no solo es uno de los ejercicios de introspección más lúcidos a los que tendremos acceso. El testimonio del cosmopolita ilustrado se transforma a lo largo y ancho del libro, mientras recorre desiertos, selvas, ciudades y algún que otro infierno, en una conmovedora lección existencial.

Al lector le resultará extraña la sensación de familiaridad que muy pronto le inspiran los afec-



BASILIO BALTASAR

Argullol ha elaborado una majestuosa evocación literaria con el único yo digno de tal nombre

tos del autor y se preguntará cómo podría admirar el subyugante relato de su intimidad sin confundirla con la suya propia. La narrativa de Argullol lo consigue con una maestría tan apacible como el tono elegido para implicarnos en su descarnado ejercicio de interrogación. Pues en vez de abandonarse a la desesperada indulgencia del género biográfico, al enmascarado elogio del sí mismo que rige muchos de estos ejercicios, el autor rescata los recuerdos de una existencia fascinada desde la primera infancia con los displicentes enigmas del ser.

La atención prestada al más sutil de los rumores ocultos en el olvido, la minuciosa observación de los rostros desdibujados en una fotografía, el retorno inesperado de una frase dicha en una remota velada familiar o constatar de repente la influen-

cia que una inocente lectura juvenil tuvo en el rumbo posterior de su vida, le permite tratar a los sueños, a las visiones y a las imágenes fugaces, con el mismo respeto que dedicamos a las grandes gestas históricas.

Las reflexiones y relatos del libro han sido urdidos por una voz literaria inconfundible y retratan fielmente la determinación de un autor dispuesto a descifrar las marcas que el paso del tiempo ha dejado en su piel. La conversación accidental con un desconocido, la aparición de seres convertidos por azar en el oráculo de una poderosa premonición, la compañía de una entrañable *hermandad de sombras* (el Pordiosero, el Caminante, el Benevolente, el Recordador, el Gran Negador...), el paisaje iluminado por el destello de un pensamiento repentino, las mujeres reconocidas como la encar-

nación de una percedera y eterna vestal, la amistad revisitada como el más noble de los deberes sagrados, esbozan la personalidad de un hombre absorbido por las dimensiones menos tangibles pero más evidentes de la realidad.

A menudo, mientras prolonga sus imprescindibles meditaciones sobre la anomalía cósmica del nacer, Argullol se pregunta qué debe hacer con un libro cuya agotadora tarea amenaza con dejarlo exhausto en medio de su ensoñación. Reiteradamente concluye que la escritura será el pasaje clarividente de su espíritu y que gracias a su intrasigente urgencia podrá aprender algo de lo que significa mirar el mundo.

Es a esta renovadora mirada sobre la condición humana a la que debemos prestar atención si queremos captar en toda su amplitud el significado que una memoria detallista ha encontrado en el fondo de sí misma: los secretos vínculos de una identidad que trasciende los límites del cuerpo, el diálogo entablado con los mil nombres de la muerte, el impenetrable origen del dolor, pero también la amable deuda contraída con los padres, los hermanos y amigos encontrados en el largo tránsito de una vida vivida *sin temor a las consecuencias de vivir*.

El lector cabal de las *Visiones* se sentirá interpelado a emprender el mismo camino de indagación, a guardarse de la trinidad maligna que atenaza al corazón del hombre —Codicia, Hechizo y Sumisión—, y no serán pocas las ocasiones en que lamente con el autor las imposturas que el libro deja al descubierto. Pero sobre todo le conmovirá ver dibujada la trayectoria vital de un hombre con tan elegante expresión de fuerza, inteligencia y ternura.

Basilio Baltasar es director de la Fundación Santillana.

FORGES

